



Los Frailes

Esa esquina siempre era camino. Para ir al teatro Principal, a sus tres funciones de los domingos. O al fútbol, siguiendo reguerillos humanos por las bocacalles. O de paseo con los Maristas, a hacer deporte, de dos en dos más o menos, con un hermano delante y otro detrás. O para tocar con la rondalla, aquel día inolvidable de nuestro debut. Los Frailes eran camino. Por las ventanas tan altas se oían los mil y un niños de su escuela. O choques de billar de la Juventud Antoniana.

Luego, en los años finales de los cincuenta, las iglesias se llenaron de hombres gracias a los Cursillos de Cristiandad, y fuimos visitando más a los frailes, y algún día asomamos al claustro misterioso. Su misa madrugadora, las calles llenas de relente, sólo habitadas por gente con prisa que apenas te

miraba. Otros con misal ostensible y provocador - "Ser apóstol o mártir acaso..." - ganando el cielo en la primera misa antes de ir a ganar el sueldo. Y ese aire puro que bajaba de la viña de los Frailes - qué casualidad - y te limpiaba las ideas y te aceleraba el motor para dar un buen día, fructífero, de verdadero cristiano - caballero de Cristo - , tanto rezando como en el mundo. Y la felicidad de estar rodeado de gente como tú, que siempre hacía lo adecuado.

Entonces los frailes se hicieron parte de nuestras decisiones. El padre Esteban guiaba a nuestras novias y amigas, y a nosotros el padre Pablo o el Pedro o el que encartara, pero nunca el inflexible padre Esteban. Elegíamos a otros más comprensivos con nuestros inevitables pecados. Los frailes como centro de escrúpulos, como guía personal, dirección espiritual absoluta. Y también como alegría mística, aquellos arrebatos de poesía de nuestro Gabriel de la Dolorosa, el que confiaba más en las ánimas que en el despertador. A mí una vez me comunicó más fe con cuatro palabras que todos sus colegas maestros de moral. Y nunca lo supo, porque aparentemente hablábamos de enseñanza.

Un día se quemó el Teatro Principal y en una noche se hizo patio trasero y les vimos a los frailes sus vergüenzas de yeso y piedra. Se crearon escuelas donde antes había reinado Silvana Mangano y nos quitaron las funciones de las cuatro en el anfiteatro. Por aquella época pasé en los Frailes mi única Nochevieja de oración y, a pesar de la torpeza del pobre cura que nos guiaba, la ocasión, la euforia y la juventud han hecho que no olvide esa experiencia. No me importaría repetirla, aunque nunca tendrá el adorno engañoso y embellecedor de la memoria.